

# MENSAJE PARA NÁUFRAGOS

Jesús Herrero E.

*“Que la fe, a las puertas del siglo XXI, está en crisis, es cosa harto sabida”...* Esta frase de Ruiz de la Peña me ha dejado pensando... que, en este caso, es lo mismo que dejarte colgado ante una especie de abismo con esa sensación indefinible que mezcla vértigo y fascinación. Él dice que esto es cosa “harto sabida”... y yo me encuentro con que ni siquiera sé muy bien de qué siglo es la fe que vivimos...

Ciertamente es un hecho que tenemos dificultades para transmitir, sobre todo a los jóvenes, la experiencia de Jesús que compartimos en la Iglesia. Tal vez por eso nos repetimos con frecuencia que el problema está en que los jóvenes han cambiado, que la sociedad no favorece las apuestas de riesgo, los compromisos ante la realidad, que cada vez son menos los dispuestos a plantearse un proyecto de vida para toda la vida, etc... pero no sé si con esto que decimos, decimos lo suficiente...¿Y qué pasa con nuestra fe?...

El caso es que siento un cierto malestar difuso porque no me convencen del todo ni las propuestas ni las respuestas que estamos dando ante una realidad que da la impresión que se nos escapa. ¿Será cierto que lo que sucede es tan solo que nos hemos relajado en la tensión evangelizadora?, ¿Bastará simplemente con recuperar la presencia pública y la incidencia social como “ clave de las claves ” ?... No lo creo...

A veces me da la impresión de que ingenuamente queremos saber lo que es un elefante mirando por un microscopio y así lo más que vemos es una especie de piel sin forma definida.

El microscopio son nuestras costumbres y tradiciones que se alimentan de fidelidades mal entendidas, donde ya hace tiempo que renunciamos a la creatividad y al riesgo. Parece que no encontráramos tiempos suficientes para cultivar la compasión, la itinerancia y la formación porque nos hemos abalanzado sobre los quehaceres cotidianos como si la fe consistiera en hacer muchas cosas aunque no siempre sepamos con qué sentido ni en qué dirección o en “practicar” muchos ritos para aplacar en ansia de cariño y de sentido. Es como si nos cortáramos los pies nosotros mismos y luego nos pusiésemos a llorar nuestra cojera.

Cientos de sermones y encíclicas y libros y orientaciones y proyectos y reuniones, muchas recomendaciones bienintencionadas y malinterpretadas, montañas de promesas y de ausencias, que resultan ser como pequeñas lentes microscópicas que empequeñecen y desdibujan la realidad. Pero nos encontramos con que el elefante en cuestión, es enorme; es un auténtico cambio de época cuando nosotros creíamos que tan sólo era una época de cambios.

Tanto los estilos de vida, como los valores cotidianos de la gente y el universo simbólico de los jóvenes, están pasando desde hace tiempo de lo trascendente a lo intrascendente, de lo ético a lo estético, del ser al tener, del pluralismo al relativismo, del esfuerzo al hedonismo, y todo ello con una rapidez inédita. Y pareciera ser que la elaboración de nuestras respuestas ante estos desafíos están tardando más tiempo que lo que dura la vigencia de los propios desafíos... ¡ un auténtico problema !.

De ese modo puede que aún nos quede la Utopía pero seguramente hemos perdido los caminos que encaminan a su luz. La utopía se está haciendo apatía a pasos agigantados...

Parece ser también que no navegamos ya en el mismo barco de los jóvenes, ni por supuesto de los pobres, ahora tan sólo braceamos en un mismo mar de dudas, tanteos y posibilidades. Casi nada es seguro y todo parece que está de nuevo por hacer.

Un anónimo naufrago de nuestros días ralló en un muro latinoamericano aquella frase que nos persigue: "*Cuando teníamos las respuestas, nos cambiaron las preguntas*".

¿Y qué decir de la verdad?...Los nuevos "pilatos" siguen preguntándose al hombre condenado a responder con el silencio.

¿Y dónde queda la transformación evangélica de la realidad si hasta los más entusiastas están ya de vuelta a "sus redes y a sus pequeñas barcas"...fatigados por la indiferencia social y, sobre todo, enfermos de desesperanza?

Y me pregunto entonces ¿hasta dónde queda nuestra fe a salvo de este naufragio?, ¿en qué vacío se quedó congelada nuestra pasión?, ¿a dónde conduce esta travesía incierta en la que nos han embarcado los tiempos?...

Hay incluso muchas preguntas que no querría hacerme y muchas respuestas que no quisiera oír. Pero el caso es que son inevitables y ya nos están replanteando algunas cosas...

Durante mucho tiempo, por ejemplo, he creído que la fe consistía en la respuesta que nace del encuentro con el Tú absoluto de Dios, pero a la vez, sentía la desproporción interior ante esa experiencia. El encuentro me remitía a la Presencia de un Tú y la desproporción tal vez a la Ausencia de ese mismo Tú.

Nunca he llegado a resolver cuerdamente esa "dialéctica", por eso, sigo buscando y preguntando. Lo que sí tengo por cierto es que la realidad con la que nos topamos hoy me obliga a una revisión de la fe y, por tanto, de mi vida si es que de verdad soy fiel a ese Dios que se hace carne e historia en Jesús por iniciativa del Espíritu y que se hace certeza en mi entraña cada día, lo quiera o no.

Padecer la Ausencia me está ayudando a reconvertir la fe y desprenderla de las ingenuas muletas que pretendían encontrar al Tú de Dios al final de los "tus" de la fraternidad. Dios ha dejado de ser superlativo para hacerse lo más cercano y a la vez lo más lejano de mí mismo. Es como si no lo viera pero no pudiera dejar de mirarlo...

Por eso la experiencia de fe ahora se me presenta más bien como un confiado intento por la transparencia interior, que no es otra cosa sino aligerarme de mí mismo. Cuanto más vaciado y despojado esté, más capacidad tendré para ser habitado por Aquél cuya iniciativa amorosa nunca es predecible ni calculable. Pero mientras tanto, mientras vamos de camino, sólo Le reconozco en la ausencia y sólo me quedan la búsqueda y la espera abandonado ya todo intento de posesión y aún de encuentro... Y, con todo, seguramente también ahora esto que digo no sean más que palabras... sin embargo como decía aquél místico trinitario: *"Explicame padre: si no puedo recibir más ¿cómo puedo desear todavía más?..."*

Algunos dicen que sobran las palabras cuando hemos llegado a la frontera, y sin embargo nosotros seguimos con los discursos de siempre; esas palabras que sólo entienden los andantes de búsquedas añejas. Pronunciamos las palabras aprendidas, que a fuerza de no saber a vida nueva, nos empobrecen. Las palabras muertas de rutina, sin el fulgor de la Palabra viva, suenan a los jóvenes a "grandes relatos", a verdades excluyentes y a propuestas indescifrables y desgastadas por el uso y el abuso.

Ante tantas palabras, cultivar el humilde silencio de la contemplación del rostro de los jóvenes, parece convertirse en la ardua y necesaria tarea de aquél que se encara y encarna en este presente con cuerpo y alma, sin convertirlo en simple estrategia, sin emprenderla con seguros y restricciones. Hablo de un silencio que acoge lo que no llega a comprender del todo, el silencio de la búsqueda, del elocuente silencio que acompaña las preguntas inevitables y decisivas.

También estoy preocupado por los procesos educativos de la fe que emprendemos con los jóvenes que se acercan a la Iglesia. Siempre hablamos de "proceso" y de "experiencia" pero en realidad ¿a qué nos referimos?... Llamar a algo de una determinada manera no asegura, sin más, que lo que se está haciendo responda en realidad a lo que indica el nombre que le hemos dado.

Por ejemplo; que "pase el tiempo" aplicando mecánicamente unos ciertos contenidos de un proyecto generalizado, no supone que estemos

haciendo "proceso". Y hacer participar a los jóvenes en algunas "actividades" o en "eventos multitudinarios", no las convierte automáticamente en "experiencias". Para que una actividad o un medio formativo se conviertan en experiencias educativas tienen que ser existenciales, integradoras, proporcionadas y sostenidas. En eso como en todo no basta la buena voluntad.

Pero más allá de las normales deficiencias en la aplicación de los planes, el verdadero cuestionamiento está hoy más en el fondo: ¿Es posible implicar a los jóvenes en un trabajo personal que está mirando al futuro si sólo se entiende y valora lo presente?...¿Cómo integrar en la práctica el componente psico-afectivo y la sensibilidad del joven de hoy en el diseño de experiencias y la educación de los valores de la fe?...

Yo tampoco lo sé, pero en todo caso, las posibles respuestas, para ser útiles, deberán tener un oído más atento a lo que pasa en su propio corazón y otro muy pendiente de las formas culturales en las que se inserta, descubriendo y aprovechando los valores que también encierra esta nuevo clima cultural con el que nos encontramos.

Quiero creer que las cosas son lo que son, pero también lo que pueden llegar a ser. Porque lo real no es suficiente, la fe y la inteligencia compasiva, deberán poner en pie nuevas posibilidades. Y en ellas el "aquí y ahora" del Evangelio abanderará la urgente Causa contra la nostalgia, y guía, como la única brújula posible, la relectura y reelaboración de la radicalidad de Jesús, más necesaria que nunca y más amenazada también que nunca.

La fe y la fraternidad solidaria son tesoros, pero no pueden estar enterrados; son certezas, pero en movimiento. Si las convertimos en depósitos inamovibles, las hacemos intransferibles, serán inaudibles para los oídos del presente.

Lo esencial siempre fue existencial para nosotros, aunque no siempre lo sepamos traducir adecuadamente, sobre todo, en un proyecto de presencia evangelizadora.

Pero será necesario precisar más para poder arriesgarlo todo, simplificar y agilizar esos organigramas eclesiales que son más propios de empresarios que de bienaventurados y, en fin, habremos de recomponer la astucia de la fe para no acabar recabando en frustraciones.

Para mí ha llegado el momento de reinventar la vivencia de la fe eclesial, no sólo de reformular algunas cosas exteriores. Puede parecer que estoy formulando una propuesta ilusa. Verdaderamente construir castillos en el aire es una tarea fácil ya que no hay nada que ponga trabas a la imaginación. Pero lo que dije es "reinventar". E inventar es algo más serio y más difícil también. Es conseguir que "la materia se venza a sí misma", es lograr que la limitación, antes que obstáculo, se haga posibilidad.

Así sucede, por ejemplo, con la escala musical: son sólo siete notas básicas pero en sus diferentes combinaciones, la inspiración logra infinitas



